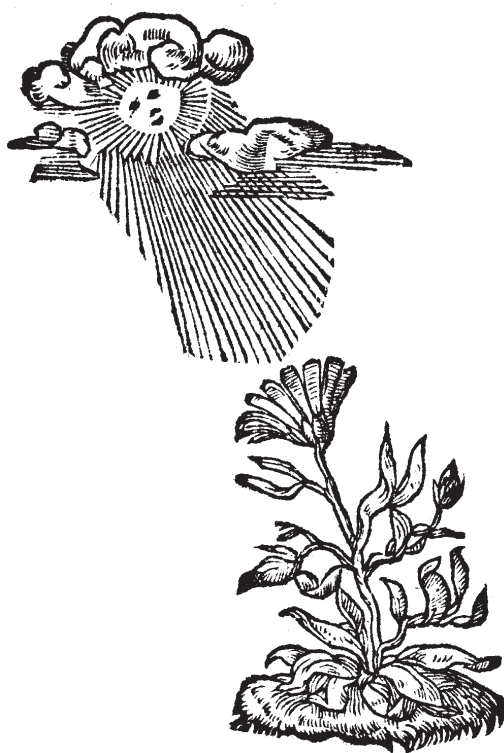


Un día en la vida de Silvestre Panador

CAPÍTULO 12

El hotel



Julius Güémez

(Septiembre-Octubre 2002)

Capítulo 12

El hotel



Cuando llegan justo a la entrada del hotel Real, el Seat seiscientos conducido por Basilia no tiene la menor dificultad en conseguir subir la empinada cuesta que lleva hasta el hotel, impulsada la máquina por sus tripas de acero, y les deposita sanos y salvos en la misma puerta de entrada. El suave y apenas perceptible ronroneo del motor del soberbio automóvil les ha arrullado todo el camino y cuando Basilia gira la llave de contacto, éste se apaga sin protestar. Una marquesina en sólida piedra de sillares protege de la posible lluvia a los que llegan al hotel y proporciona un aspecto serio y robusto al edificio. Un mozo se acerca presto al ver el espléndido y desvencijado automóvil.

Y cuando ve surgir a Basilia y Silvestrín del pequeño y robusto coche, sonrío complacido por la novedad de ver dos personas jóvenes y no dos ancianos ricos, que son los que habitualmente frecuentan el hotel. Cubiertos sólo por sus respectivas sotanas, un poco mojadas todavía y manchadas completamente de barro, descalzos también ambos, Silvestre con el estuche de los termómetros, por fin completo, bien apretado bajo su brazo izquierdo, los termopares y su caja bien agarrados en su mano derecha, sintiendo el fajo de billetes de mil en el bolsillo, y Basilia con el bolso de mano que hasta ahora ha permanecido sobre sus rodillas, suben con gran dignidad las escaleras. Abriendo unas puertas de cristal que pesan lo suyo, hacen su entrada en el hotel mientras algunos clientes les miran con la inevitable curiosidad que produce el contraste entre su aspecto juvenil y sus vestimentas siniestras, que les sientan como una tienda de campaña del ejército colocada sobre una escoba. Las mullidas alfombras que pisan al entrar son un regalo para sus doloridos y fríos pies.

Cuando llegan al mostrador de la recepción se produce un pequeño revuelo entre el personal del hotel al ver a aquel par de aparentes mendigos, con la cara sucia y el pelo mojado, vestidos con unas extravagantes sotanas sucias y surgiendo de un seiscientos que parece haberse despeñado por un barranco, varias veces. Un uniformado botones, con chaquetilla entallada con doble botonadura dorada y una gorra de plato muy marcial, les observa sonriente, sin mostrar el más mínimo gesto de sorpresa. Pero pronto se eleva una voz entre las de los demás empleados que se expresa con seguridad: ‘Yo me encargo de todo’, oye Silvestre decir a un señor alto, bien parecido y muy bien trajeado, con el pelo completamente canoso y aire distinguido. Los demás empleados se alejan hacia atrás intentando no perder detalle del proceder del recepcionista jefe ante tamaña circunstancia.

– Díganme, ¿en qué puedo servirles? –pregunta en tono muy

cordial y mirándoles como si fuera lo más natural del mundo que en la recepción del hotel Real se presenten dos jóvenes y hermosas personas disfrazadas de curas, sucias y descalzas. Aunque Silvestre no lo sabe, el jefe de recepcionistas es el camarada Inguanzo, delegado del partido comunista para el norte de España y bien conocido de Basilia, con quien ha trabajado en algunos casos difíciles relacionados con la lucha antifranquista. La policía social no sospecha que tras tan pulcra apariencia se oculta una mente matemática para la clandestinidad.

– Queremos una habitación con vistas a la bahía –dice resuelta Basilia–. La más grande que tenga disponible, por favor.

Del fondo de la recepción se levanta un murmullo de sorpresa por tan insólita pretensión, pues tal habitación debe costar un dineral y estos dos no parecen a sus ojos de loss empleados como poseedores de mucho dinero.

– Ningún problema, señora, será para nosotros un gran placer proporcionarles la habitación que solicita –dice el recepcionista jefe con una sonrisa y un guiño a Basilia, gesto que no deja de ser observado con sorpresa por Silvestre–. ¿Serían tan amables de permitirme su documentación mientras rellenamos los papeles que nos exige el gobierno civil? –añade amablemente–. Mientras tanto, es posible que encuentren algo agradable y de su gusto en la tienda de confección que tiene el hotel al lado del bar. Vayan con esta tarjeta y digan que las compras se las suban a su habitación, pues seguramente están ustedes deseando darse una ducha caliente –comenta servicial el jefe recepcionista mientras les tiende una tarjeta de intenso color rojo que les identifica como los huéspedes de la *suite* 5A y un par de llaves.

Recoge Silvestre la tarjeta y las llaves, busca Basilia entre las intimidades de su bolso y entrega al recepcionista su carnet de identidad, otro carnet de identidad con la foto de Silvestre –o alguien que se le parece muchísimo, y evidentemente falso, pues está a nombre de Ignacio Palamor y Odriozola– y un libro de familia muy usado que les vincula a ambos como marido y mujer debidamente matrimoniadados por la iglesia católica en la ermita de la Bien Aparecida, con sellos, timbres, firmas y rúbricas a porrillo. El recepcionista sonríe y pasa la documentación a uno de sus subordinados, quien procede diligente a rellenar impresos. “Más tarde pueden ustedes pasar a firmar los papeles y a retirar la documentación. Vayan ahora sin demora a la tienda y suban a bañarse, que tendrán ustedes frío”, añade de nuevo el amable recepcionista ante la envidia de sus compañeros que observan extasiados cómo un billete de mil pesetas recién salido del Banco

de España va discretamente del bolsillo de Silvestre a las manos de él, para acabar en el bolsillo de su pantalón.

Y ambos saludan al amable recepcionista y se giran para ver la tienda que éste les ha señalado. La dependienta de la tienda de carísima ropa de marca levanta la ceja imperceptiblemente en cuando ve entrar a Basilia y Silvestrín ataviados a una curiosa moda, que posiblemente lleva varios años de adelanto. Su fino olfato –y el detalle de observar desde lejos el curioso movimiento migratorio del billete de mil pesetas– le indica claramente que a pesar de su aspecto informalmente desaliñado, estos dos clientes jóvenes tienen dinero del bueno y mano pródiga. Y es lo que ella siempre dice, piensa mientras les observa, cuando tienes buen tipo, cualquier trapito te sienta bien. Él es alto, bien parecido, con anchas espaldas, nada de esos hombros caídos de los enclenques, y un porte distinguido bajo ese pelo rojo como fuego ahora un poco apagado por la humedad. Ella es una joven mujer, guapa y de tipo excelente dentro de la variedad un poco robusta de la tierra, pechos breves y caderas anchas, que se mueve con soltura y determinación, como se mueven los opulentos de toda la vida, un tipo de movimiento que los nuevos ricos estraperlistas sólo pueden esperar imitar.

La dependienta sale pues de detrás del mostrador con presteza y se dirige resuelta hacia ellos con una amplia sonrisa en la cara y una mirada risueña que indica claramente que no tiene ninguna intención de fijarse en las sucias sotanas que portan y que por ella podrían ir completamente desnudos que les atendería igual de encantada.

– Buenas noches –dice con bonita voz, muy digna y sin aparentar servilismo–. ¿En qué puedo servirles?

A Basilia le agrada mucho esta actitud digna y a la vez servicial en un trabajador por cuenta ajena y que trata con el público.

– Querríamos salir de aquí tan contentos con nuestra nueva ropa que nos causara a su vez un gran placer dejar una propina considerable –dice Basilia con la seguridad y la clase que la encargada de la *boutique* había supuesto ella tendría.

La dependienta está encantada, pues ya sabe el buen uso que va a dar a la presumible sabrosa propina.

– Han venido ustedes al sitio adecuado –dice sonriendo sin afectación–. Señor, si me lo permite, aquí puede usted elegir ropa interior, pañuelos y calcetines –dice señalando un amplio mostrador lleno de pequeñas prendas–, aquí camisas y corbatas –dice ante un perchero– y aquí trajes, cinturones y zapatos. –Observa la depen-

enta un momento a Silvestre con ojo clínico—. Yo diría que la talla cuarenta y cinco es la suya.

“Mejor talla cuarenta y seis” dice Basilia sonriendo picaronamente a la encargada, lo que indica a la despierta dependienta que la joven señora ha tenido ocasión de medirle las hechuras al caballero con mucho, pero mucho, detenimiento. “Por supuesto, señora, talla cuarenta y seis para el caballero”, dice mientras esboza una sonrisa de complicidad con Basilia. “Mientras los señores se van duchando y quitándose esa ropa mojada, tendré mucho gusto en enviarles una selección de nuestros productos a su habitación. ¿Tiene la señora alguna idea especial? Tenemos los últimos modelos de Balenciaga, recién llegados de París y unos conjuntos monísimos de Coco Chanel, juveniles y adecuadas a su cutis, señora”

—Se lo agradezco, pero sólo visto modelos de Christian Dior —dice Basilia ante la sorpresa de Silvestre. En esta insistencia en vestir de Dior, reconoce Basilia que sus superiores del kagebé son muy clásicos.

— Si me lo permite, sólo puedo decir que la señora tiene un gusto exquisito y esta misma tarde hemos recibido su última colección — añade encantada la dependienta.

Elige Silvestre un buen surtido de todas las prendas, excepto las corbatas, que las elige Basilia, encontrando bastante divertido esto de comprarse él mismo la ropa. Se retiran a su habitación deslizando Silvestrín otro billete de mil en las manos de la dependienta, que nota crujir el papel al estrujarlo. Ésta está a punto de saltar de contenta, pues ya tiene para pagar la última letra de la máquina de coser que está pagando a plazos. Su hija Ágatha tiene muy buenas manos para coser, lo dice todo el barrio, y la señora De la Prada quiere prosperar.

Apenas han terminado de encargar toda la ropa, Basilia y Silvestre se dan cuenta, casi como de repente, de que están ateridos de frío y con un hambre canina y se dirigen rápidos hacia el ascensor seguidos de las miradas de curiosidad de varios huéspedes. El elegante pero renqueante ascensor, todo él espejos y latón repujado brillante, les deposita sin demora en el quinto piso, la planta noble.

No tardan en encontrar la *suite* A, que cuando abren la puerta les deslumbra. Consta de una gran habitación circular con una enorme cama, un vestidor a la izquierda y un cuarto de baño a la derecha que él solo es como el salón de la casa de Silvestre. Una inmensa cúpula, rodeada en su base de ventanas redondas, cubre la habitación y está decorada en su interior con escenas de la mitología griega —con poca o ninguna ropa en dioses y dioscecillos del Olimpo que triscan por el

campo y entre las nubes—, por lo que deduce Silvestre que es anterior a estos tiempos de hipocresía y oscuridad clerical que han caído sobre España desde la victoria de los facciosos en la guerra civil.

Ya solos los dos en la preciosa y espaciosa habitación, que por su cúpula parece un observatorio astronómico, Silvestre deja el estuche de los termómetros encima de la cómoda y el aparato con los termopares a sus pies. Saca su pluma Parker de uno de los bolsillos de la sotana y también la deja encima de la cómoda, junto al reloj Omega. Abre uno de los cajones provistos de cerradura de la cómoda y deposita en él el gran fajo de billetes de mil que una vez fuera de don Onofre. Toma un par de billetes de mil, el montón no parece disminuir ni poco ni mucho, y vuelve a depositarlo en el cajón. Por una temporada las propinas deberán ser de mil, pero Silvestre es generoso con el dinero tan fácilmente adquirido y no le importa. Cierra con cuidado el cajón y deja la llave junto al bolso de Basilia.

Sólo entonces se desprenden ambos de sus curiles ropajes sucios, que quedan exangües en medio de la alfombra de la habitación. Sin necesidad de intercambiar palabras se dirigen ambos hacia el cuarto de baño. Con la gran bañera de mármol rojo veteado en verde colocada al lado del amplio ventanal, el paisaje que se divisa es impresionante. Las luces que rodean la bahía permiten seguir la forma de ésta. Las luces de los pueblos lejanos titilan al fondo. Abren el grifo del agua caliente y, después de colocar un tapón, la bañera empieza a llenarse con rapidez, con vaporosas nubes surgiendo del hirviente chorro de agua. Casi sin esperar se introducen ambos en la bañera y pronto notan los efectos benéficos del agua caliente sobre sus destempladas carnes. A medida que la bañera se va llenando, van entrando en calor y los cuerpos reaccionan. Se enjabonan con cuidado mutuamente y se aplican champú en el pelo. Estos juegos inocentes duran casi media hora, el tiempo que han convenido para que les suban la ropa. Aunque Silvestre gustaba mucho de jugar con su patito de goma mientras tomaba un saludable baño los sábados por la tarde, esta variante basilíaca que ahora practica le resulta mucho más satisfactoria y gratificante. La mojada piel dorada de Basilia refulege bajo la luz de las lámparas de tungsteno, el mismo metal del que él tiene que medir el peso atómico para terminar su tesis, y ahora sus cuerpos se rozan sin pudor.

Con puntualidad impropia de españoles, dos botones muy atildados les suben en un carrito un amplio surtido de ropas justo cuando han terminado de secarse mutuamente con las toallas más grandes

y más suaves que Silvestre ha visto nunca, producto lusitano de inmejorable calidad y de embutirse en mullidos albornoces marcados con el anagrama del hotel.

Silvestre decide afeitarse –pues nota una sombra de barba en su cara y siente cómo le rasca cuando se frota contra las suaves mejillas de Basilia, que se encienden ligeramente–, y emplea para ello los útiles de rasurar que hay en el cuarto de baño. Afeitado, con la loción para después del afeitado aplicada, perfumado con fresca colonia, peinado con raya a la izquierda y completamente desnudo, Silvestre empieza por probarse un calzoncillo tipo boxer, último modelo, que le sujeta y retiene lo suyo sin apretarle. Prescinde de la camiseta y se prueba una camisa blanca estilo Oxford que le sienta muy bien a la vez que destaca el tono bronceado marino de su piel, adquirido en sus matinales paseos por la avenida Reina Victoria. Unos finos calcetines grises preceden a un pantalón negro de espiguilla que se ciñe con un cinturón de cuero italiano. Unos zapatos marrones de fina factura que se calza le hacen sentirse por fin vestido –aunque en las últimas horas no ha tenido quejas de estar desnudo, excepto el frío de la mazmorra episcopal–. De las tres corbatas que le han subido, Basilia le elige una roja con pequeñas pintas grises muy elegante. Se hace el nudo de la corbata frente al espejo, lo centra bien –no aguanta que el nudo no quede perfecto y no sabe cómo ha permitido hasta ahora las corbatas de pega con gomita en la parte de atrás, que se le antoja ahora un adminículo repugnante– y se observa a sí mismo en el espejo. La imagen que le devuelve el espejo casi no la reconoce, pues ha perdido su aspecto aniñado y tiene ahora un serio aspecto de caballere. Mientras se felicita por su nueva imagen observa cómo la corbata le cae a plomo sobre su vientre liso, destacando sus pectorales. Pero no quiere colocarse la chaqueta hasta ver a Basilia vestida.

Surge ella del vestidor y Silvestre abre la boca un instante sin poderlo evitar, pero pronto se controla. Basilia lleva puesto un pantalón gris veteado de espiguilla y una blusa ajustada sin mangas, de gasa transparente y color marrón chocolate con el cuello alto y tiras de cuero. Por debajo del pantalón asoman unas medias negras caladas y los pies están calzados en unos zapatos negros acharolados de punta en bisel, suela de color rojo e impresionantes tacones rojos –que son el complemento perfecto de los tonos apagados que viste–, que tienen unas pequeñas borlas rojas sobre el empeine, añaden otra nota de color y completan el efecto impresionante de verla tan alta. Con la raya perfecta y las perneras estrechas parece hasta más esbelta.

Toma Silvestre nota mental de darle otra vez propina a la dependiente de la tienda de ropa, pues ha convertido a Basilia en una mujer de rompe y rasga, como dice a veces su tío Braulio.

Sin dudarlo, Silvestre, ya con su pluma Parker en el bolsillo de la camisa y el reloj Omega en la muñeca izquierda, le ofrece el brazo y se van al comedor, pues ya están al límite del desfallecimiento por hambre. Bajan en el ascensor con un botones que no consigue cerrar la boca que ha abierto cuando les ha visto de nuevo, y cuando entran en el comedor del restaurante, todos los comensales les miran y hay un rumor de admiración por la joven pareja que se extiende por las mesas, ocupadas en general por personas de edad más bien provecta. Algunos tienen dificultades para identificar en esta elegante pareja a los dos menesterosos vestidos con sucias sotanas, pero cuando lo hacen estallan en gestos de admiración por la metamorfosis que han experimentado.

Toman ellos asiento en una mesa próxima al amplio ventanal que domina la bahía y que ya les tenían reservada por indicación del recepcionsita jefe. Por encima de las luces blancas que hay encajadas en el césped, las palmeras que rodean el hotel refulgen de blancura y confieren un aspecto atractivo y enigmático al jardín. Se sientan uno frente al otro y las cartas de menú y vinos les son entregadas rápidamente. Hay un breve intercambio de opiniones, pero en esto Silvestre es inflexible: “Elígeme tú, que yo he viajado menos que Franco y no sé ni elegir en una heladería”, dice él sonriendo. Una señal de Basilia y el *maitre* se acerca presuroso. “Pues la señora dirá”, dice solícito.

– De primero vamos a tomar un plato de legumbres, que el día ha sido duro. Pochas con almejas para mí y para él unas lentejas al estilo del alto Aragón. –El *maitre* asiente con la cabeza. De segundo lomo de liebre en salsa de vino tinto con castañas y lomo de ciervo con confitura de pera y pacharán, que compartiremos.

– Muy bien señora –dice el *maitre*. ¿Y para beber?

Sin necesidad de mirar la carta de vinos, Basilia sabe lo que quiere.

– Un Protos Gran Reserva –encarga ella con gran seguridad–, que el día se lo merece. Aunque sin menospreciar los caldos riojanos o catalanes, creo que los vinos de la Ribera del Duero tienen futuro y hay que darles una oportunidad.

–Excelente elección señora, si me permite decírselo –añade el *maitre*–. Mientras llega el primer plato, ¿les apetece algún tipo de aperitivo?

Basilia mira a Silvestre, pero éste se limita a encogerse de hombros, consciente de que aparte de la naranjada que toma en verano en la playa junto a sus primas de Cáceres, no sabe nada de aperitivos. Un sorbito de vermut Martini los domingos al mediodía y poco más, que luego se le sube a la cabeza y le da modorra.

—Dos martinis muy secos, agitados pero no mezclados, uno de ellos con menos ginebra y más vermut —dice Basilia dirigiéndose de nuevo al *maitre*, que toma buena nota del mandado.

Mientras el *maitre* se retira, tienen Basilia y Silvestre tiempo de mirarse de frente y con gran detenimiento, casi casi como si este fuese realmente su primer encuentro. Sin necesidad de comentarlo, se ponen de acuerdo en saludarse como si se vieran por primera vez. “Silvestre Panador, físico teórico y profesor de termología, muchísimo gusto”, se presenta él carraspenado y en tono jocoso mientras le tiende su mano por encima de la mesa. “Basilia Nopático, estudiante de físicas, los gustos han sido casi todos míos, se lo juro, se lo juro”, responde ella riéndose con límpida y cristalina risa mientras estrecha la mano de Silvestre, que aprieta con decisión la suya. El gesto formal no ha pasado inadvertido al resto de comensales, que no pierden detalle.

Llegan pronto los aperitivos, junto con unas sabrosas aceitunas, y aunque ponen el más suave cerca de Basilia, pronto se deshace el equívoco entre sonrisas cómplices del camarero. Hay a continuación algunos comentarios sobre las respectivas circunstancias vitales que han conocido en los bajos del palacio episcopal, pero todo eso queda ya muy atrás, más de una hora atrás, tiempo más que suficiente para olvidar. Como por arte de magia, la vida les ha dado una oportunidad de empezar casi de cero, suerte que poca gente llega a tener en esta vida.

Las legumbres, un plato de alubias decorado con cebolla dorada y otro de lentejas con chorizo y panceta, son degustadas con hambre, y aunque escasas son muy sabrosas. Los segundos platos, uno de ellos un pequeño muslo rodeado de crujientes castañas doradas y el otro tres succulentos trozos de carne oscura sobre un plato muy plano y con una salsa rojiza, son compartidos por ambos entre tragos degustados del delicioso y sabroso vino del Duero, con cuerpo y color, y las inevitables risitas que anuncian un bienestar étlico y alimenticio.

Y llega la hora de los postres. El *maitre* se acerca de nuevo a su mesa.

— De postre, milhojas de piña con ‘mousse’ de caramelo y carame-

los de uva con sopa de papaya y ‘mousse’ de yogur y miel –pide Basilia–. Que compartiremos también –añade ella picarona y poco achispada para indicar que pongan dos cucharillas en cada copa. Silvestre está encantado de compartir con Basilia todo lo que ella tenga a bien compartir con él.

La dulzura de los postres –una pequeña torre circular con diversas capas a cual más dulce uno de ellos y varias uvas con una camisa de transparente caramelo nadando en una sopa de color rojizo junto a una masa dulce y blanca, y todo ello bajo un entramado de finos hilos de caramelo sólido que es una delicia verlo–, anticipa la dulzura de un futuro que Silvestre sabe que ya ha empezado.

* * *

Mientras un sol de otoño luce pletórico sobre el aire límpido de la avenida de la Reina Victoria, un cosmopolita Silvestre, llevando un pijama italiano de seda y embutido en un elegante albornoz blanco de confección portuguesa, toma una copa de fresco vino blanco alemán puesto a refrescar en una cubitera de alpaca francesa y en copa de fino cristal checoslovaco. Entre brumas y nieblas matutinas, el monte Porracolina se refleja sobre la tranquila superficie del prado azul de la bahía.

Apoyado displicente en el quicio de la ventana, observa complacido y a lo lejos a un transeunte que a estas tempranas horas de la mañana se dirige lentamente hacia el Sardinero paseando sin prisas a lo largo de la avenida, el mismo camino que él sigue casi todos los días. Es curioso, pero el transeunte no levanta la vista hasta el hotel –un poco oculto entre los árboles– en ningún momento, algo que el propio Silvestre tampoco solía hacer. En la cama, desnuda y durmiendo boca abajo, con la sábana cubriéndole hasta media espalda y respirando muy quedamente, Basilia se toma un merecido descanso después de un día y una noche de intensas emociones y mucho compartir. Toma Silvestre un trago del delicioso vino y piensa, mientras sonríe, que si veinticuatro horas antes alguien le hubiera dicho dónde, cómo y en compañía de quién se iba a encontrar ahora mismo, le habría tomado por un completo loco.